

XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2021.

Sexuación sin nombre del padre.

Soria, Nieves.

Cita:

Soria, Nieves (2021). *Sexuación sin nombre del padre*. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-012/584>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/even/pgg>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SEXUACIÓN SIN NOMBRE DEL PADRE

Soria, Nieves

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El trabajo indaga los efectos de la evaporación del padre en el campo de la sexuación. Para ello toma como punto de partida la referencia al paradigma edípico como una suplencia fallida del instinto perdido en el *parlêtre*, deteniéndose especialmente en los efectos de la intervención del Nombre del Padre en los campos, constitutivos de la estructura, de la nominación y del espejo. Interroga luego las consecuencias de la caída del paradigma edípico en dichos campos, realizando un recorrido en relación con el ascenso tanto de la lógica del simulacro en el campo del espejo como el nominalismo queer en el campo del nombre.

Palabras clave

Sexuación - Nombre del Padre - Nominalismo - Realismo

ABSTRACT

SEXUATION WITHOUT NAME OF THE FATHER

This work investigates the effects that the evaporation of the father may have in the field of sexuation. The starting point is the conceptualization of the edipical paradigm as a failed substitution of the *parlêtre's* lost instinct, which is seen under the spotlight given by the effects the intervention of the Name of the Father has in the fields of nomination and mirror. Next, this work interrogates the consequences of the falling of said edipical paradigm in these fields, which will be put in relation with the ascent of both the logic of the simulacrum in the field of the mirror and the queer nominalism in the field of the name.

Keywords

Sexuation - Name of the Father - Nominalism - Realism

Introducción

El ser hablante es el único ser vivo habitado por la lengua, y deshabitado entonces del instinto, lo que le deja dos agujeros estructurales: allí donde arraigaba el instinto de autoconservación, encontramos el agujero de la *ex-sistencia*: estamos arrojados a ella, irremediamente excluidos de nuestro origen, separados del deseo que nos trajo al mundo. Es el agujero de lo *unerkannt*, lo imposible de reconocer, donde yace nuestro inconsciente [1]. Es un agujero que atraviesa nuestra vida desde lo imposible de nuestro origen hasta lo imposible de nuestro final, la muerte.

El tratamiento edípico del agujero del sexo

Allí donde arraigaba el instinto de conservación de la especie yace el agujero del sexo, la inexistencia de la relación sexual.

Ni el instinto perdido ni la lengua nos orientan en nuestra experiencia sexuada, inútil desde la perspectiva del instinto. Aquí Lacan se refería a lo *unerkenntung* [2], la imposibilidad de conocer lo que concierne al sexo. En este terreno, una pequeña falla se vuelve no solo agujero, sino abismo, muro entre los sexos. Lacan planteaba que el Edipo opera como una cierta suplencia del instinto perdido, en tanto funciona como una mediación que posibilita cierto encuentro entre los sexos, cierto atravesamiento del muro, siempre fallido, siempre sintomático, orientando el enjambre significativo en una dirección regida por el Nombre del Padre.

Un nombre ha muerto

La profunda transformación que vive la época en relación con la sexualidad pone de manifiesto el fin del declive del padre hasta su completa evaporación -término utilizado por Lacan en 1968 [3]-, obligándonos a un esfuerzo de formalización de las nuevas coordenadas que configuran una lógica de la sexuación que ha perdido definitivamente la brújula edípica. Sin duda, una transformación está ocurriendo, y nos lleva a preguntarnos acerca de cuestiones muy fundamentales en cuanto a la constitución del *parlêtre*, a las condiciones que posibilitan el advenimiento conjunto de un yo, un cuerpo y una realidad que sólo pueden existir de mediar una operación de anudamiento, es decir, de nominación.

En la misma medida que van cambiando las legislaciones de los países en cuanto a la llamada identidad de género, nos vamos encontrando en nuestra práctica, cada vez con mayor frecuencia, con sujetos que rechazan, junto con el cuerpo sexuado que les tocó en suerte, la dimensión del nombre que a ese cuerpo lo nombraba. Ese nombre recibido del Otro, que vehiculiza tanto huellas de deseo o de goce como lazos de filiación. Como indica Lacan en "Observación sobre el informe de Daniel Lagache" [4], en esta nominación se trata de "el lugar que el niño ocupa en la estirpe según la convención de las estructuras del parentesco, el nombre de pila que a veces lo identifica ya con su abuelo, los marcos del estado civil y aun lo que denotará su sexo" [5].

Este rechazo del nombre recibido denota entonces un profundo reordenamiento de las estructuras de parentesco, que prescinde de ahora en más del Nombre del Padre, que, tal como lo señalara Nietzsche, ha muerto. Y no es casual que, en la comunidad *trans*, a ese nombre recibido, con el que el sujeto se identifica tan poco como con su cuerpo, se lo llame *nombre muerto*. Ese nombre no le concierne de ningún modo, no lo nombra en absoluto, y debe ser borrado junto con la supuesta identidad de

género que nombraba.

Ha muerto el nombre propio, ligado al misterio paterno [6] y, junto con él, esa dimensión metafórica por la que el nombre propio es a la vez lo más propio y lo más ajeno, dejando lugar, o bien a la deriva incansable de nombres que el sujeto no logra terminar de vivir como propios, que no anudan, o bien, en el otro extremo, al nombre como absolutamente propio, marcando a fuego una identidad en un orden de hierro.

El espejo capitalista

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza; pero ahora que ha muerto, ¿qué ocurre con la imagen del hombre, de dónde se sostiene? Es allí que emerge, como señalaba Lacan, este nuevo Dios, la ciencia, que, al metamorfosearse en tecnociencia por su alianza con el mercado, se constituye en un diosote, un Godot que, como sabemos, nunca llegará, nunca llegará a suplir el bautismo de la nominación paterna. De allí en más sólo es posible la autonominación que prescribe el discurso butleriano de la performatividad, la cual, o bien encierra al sujeto en un orden de hierro, o bien desliza sin ancla.

Pero vayamos al estadio del espejo, ése que posibilita, como indica Lacan en “La tercera”, que el cuerpo entre en la economía del goce a través de la imagen [7]. Puede ocurrir que el *infans* se reconozca en la imagen que encuentra en el espejo, pero que, sin embargo, no se identifique con ella. La jubilosa asunción de esa imagen, que conllevaría una satisfacción libidinal, no se produce. El sujeto rechaza aquello que el espejo le devuelve. Se opera una cierta unificación, un anudamiento del *parlêtre* como uno, pero esta operación no conlleva una vivificación en el campo del goce.

En el paradigma edípico podemos situar al Deseo de la Madre operando en ese primer espejo que es el espejo cóncavo, allí donde el niño viene al lugar de lo que a ella le falta, el falo. Y será esa misma falta la que se desplazará hasta dar lugar a la intervención del Nombre del Padre en ese segundo espejo plano, que posibilitará extraer el objeto a de la realidad, para que éste opere como marco de la misma. Así, el marco fantasmático operará como pantalla, en una función de mediación, tanto con la imagen del propio cuerpo como con aquella del semejante, posibilitando al sujeto -como señalaba Lacan en el seminario 11- jugar con la máscara [8], sin quedar pegado a ella.

Como hemos dicho, la clave de esta operación constitutiva del nudo del *parlêtre* es esa falla estructural, esa prematuración del cachorro humano en la que se manifiesta la pérdida del instinto por su ser de lenguaje, esa falta de instinto que es también esa falla estructural que impedirá que en el hablante macho y hembra se complementen. Pero la mutación capitalista del discurso del amo está dando lugar a un nuevo paradigma en el que la tecno-ciencia, vehiculizada por el mercado, ofrece la ilusión de reparar esa falla estructural. Promete al *parlêtre* curarlo de esos inquietantes agujeros que lo acechan, el sexo y la muerte.

En esa perspectiva, Lacan se pregunta en “La tercera” si la

ciencia llegaría a colmar el campo del goce del Otro [9], inexistente a causa de esa falla estructural. Es en esa vía, de la que el transhumanismo se presenta como el planteo más radical, que el discurso de género encuentra su orientación. Este rechazo de la castración propio del discurso capitalista es correlativo del rechazo del falo, ya que no hay falo sin castración. Una función fundamental del falo es ofrecer una primera identificación que da cuerpo, otorgando el sentimiento de vida, el jubiloso ajeteo con el que el *infans* se erige como yo ideal al venir al lugar del Ideal del yo en el deseo del Otro. Recordemos que Lacan planteaba en el *Seminario 22* que el falo es lo que da cuerpo a lo imaginario, ya que es la consistencia de lo real [10]. De allí la extensión de la dimensión mortificante en la relación del sujeto con su cuerpo en la clínica actual, palpable particularmente en la práctica con niños, púberes y adolescentes.

El nominalismo queer

Sin duda han cambiado los tiempos respecto de aquellos, tan cercanos y a la vez tan lejanos, en los que, en el milenio pasado, Lacan afirmaba: “el sexo como real, quiero decir dual, quiero decir que haya dos, nadie jamás, ni siquiera el obispo Berkeley, se atrevió a enunciar que fuese una idea que cada quien tenía en la cabeza, que fuese una representación. Es muy instructivo que, en toda la historia de la filosofía, a nadie se le ocurriera jamás extender el idealismo hasta allí” [11]. Efectivamente, nos encontramos ante un cambio de paradigma fenomenal, un corte en la historia de la filosofía, que lleva el idealismo hasta ese extremo antes impensado. Se trata de un corte que comienza con Foucault y continúa con Deleuze hasta llegar a Butler, quien da el tijeratazo final, imponiendo un nominalismo radical. No es casual que sea en ese corte que se sitúa precisamente el *Antiedipo* [12].

En el psicoanálisis, tanto la desviación de Adler como la de Jung anticiparon ese corte, quitando ambos todo alcance real al agujero del sexo por distintas vías, abriendo paso el primero a la *ego psychology*, que preparó el campo a la entronización del yo y sus espejos con sus diversas variantes terapéuticas actuales, mientras que el segundo lo hiciera a las terapias *new age* que toman más bien la vía del desprendimiento del yo en pos de algún tipo de disolución en una beatitud sin deseo.

Este corte actual en la filosofía no hace más que seguir aquel otro que la mutación capitalista del discurso del amo impone en el plano discursivo, al eliminar la barrera de lo imposible de su circuito infernal [13]. Se trata de un corte real, que da lugar al advenimiento de nuevas configuraciones subjetivas, de nuevos anudamientos, que se producen sin referencia al Nombre del Padre. Ni admisión simbólica ni forclusión, simple evaporación, inexistencia del Nombre del Padre. Ese es el campo en el que se recorta esta sexuación sin padre con la que nos encontramos en el fenómeno trans, que se vuelve paradigma de la sexuación en la época.

Dentro del campo mismo de la filosofía, encontramos algunas

respuestas muy lúcidas al nominalismo butleriano, como aquella que propone Joan Copjec en varios de sus textos, particularmente *El sexo y la eutanasia de la razón* y *Encore*, un esfuerzo más para defender la diferencia sexual” [14]. En una sutil lectura kantiana de las fórmulas de la sexuación, Copjec refuta las críticas butlerianas a las mismas. Así, plantea que cuando Butler habla de deshacer el género, está presuponiendo un binarismo que implica una complementariedad imaginaria entre masculino y femenino, desconociendo el asiento real de la diferencia entre los sexos, que es dual y no binaria. Indica entonces que cuando Butler se hace eco de la afirmación freudiana de que la diferencia sexual no está determinada ni anatómica ni cromosómica ni hormonalmente, supone automáticamente que el sexo se construye discursivo-culturalmente. Desconoce así que el propio Freud evitó limitarse a estas alternativas, negándose a elegir entre anatomía y convención [15]. Ni la anatomía ni la convención pueden dar cuenta de la existencia del sexo; es en eso es que el sexo es real.

Butler ignora el antagonismo radical que hay entre sexo y sentido, ya que el significado no refleja lo sexual, sino que lo compensa. En efecto, el sexo se produce a partir de la falla de la significación. Así, Copjec, siguiendo a Lacan, plantea que el sexo coincide con la falla, que el sexo es la falla misma del lenguaje, es la imposibilidad de completar el significado. En la medida en que se define por el fracaso del discurso, la diferencia sexual se distingue de las diferencias raciales, de clase o étnicas, serie que Butler instala en el discurso *queer*.

El realismo lacaniano

La construcción lacaniana de las fórmulas de la sexuación escribe un real que ya anticipara Freud, con los elementos conceptuales con los que contaba en su tiempo. En sus “Tres ensayos de teoría sexual” afirma la disposición originariamente bisexual [16] del hablante, correlativa de la independencia inicial de la pulsión sexual respecto del objeto [17], lo que lo lleva a plantear que “en el sentido del psicoanálisis, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento” [18]. Pero es en 1932, luego de décadas de práctica analítica, que llegará a afirmar con claridad en su conferencia sobre *La feminidad* que “aquello que constituye lo masculino o femenino es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender” [19], indicando que el mismo no es un distingo psicológico. Es ese enigma de la diferencia sexual el que Lacan buscará matematizar con sus fórmulas de la sexuación, abriendo el campo de un realismo propiamente lacaniano, basado en la experiencia analítica, que se opondrá al nominalismo imperante.

¿En qué consiste entonces ese real lacaniano de la sexuación? En su seminario *Les non dupes errent* Lacan plantea que los animales cogen correctamente, ya que saben lo que hacen [20]. La pérdida del instinto en el *parlêtre* conlleva la pérdida del signo, que impera en el lenguaje animal. Un signo representa algo para

alguien, por ejemplo, la imagen de la hembra de una especie representa algo para el macho de la misma, quien inmediatamente comenzará a realizar los movimientos programados que conducirán a la cópula. El hablante está exiliado de la relación sexual porque ha quedado expulsado del paraíso del reino natural en el que impera el lenguaje del signo. Está enfermo del parásito del significante que, lejos de representar algo, no hace más que localizar un agujero, allí donde falta la representación. Entonces, señala Lacan, al macho de nuestra especie la hembra de la misma no le dice nada [21], y viceversa. No hay relación sexual, no hay complementariedad entre los sexos, ya que se trata de un *parlêtre*, un hablante que existe sin ser, y que sólo encuentra ese ser en el habla, habla ser, pero no lo es, no llega a ser. Tan sólo *ex - siste*, fuera de todo ser.

Por otra parte, resulta que en él, a diferencia de los animales, el órgano sexual masculino toma una prevalencia tal, que, a diferencia de los monos -por ejemplo-, tiene tanto peso para el macho como para la hembra [22]. Resulta además que en él -también a diferencia de los animales- el falo vale más por su falta, por su caída, que por su presencia [23]. Esto es porque es elidido del cuerpo imaginario, transformándose en significante. Esta operación de elisión del falo del cuerpo imaginario es subrayada por Lacan en múltiples oportunidades, desde “La dirección de la cura...”, en la que hace referencia al falo perdido de Osiris embalsamado [24], hasta el *Seminario 22*, donde indica que es la elisión del falo del cuerpo imaginario la que le da su estatuto real [25]. En el *Atolondradicho* se servirá de la metáfora de la pesca para distinguir allí el órgano como carnada del anzuelo como significante, aclarando que en cada uno de ellos se trata de una función diferente [26].

Entre los seminarios 18 y 21 Lacan construirá una lógica dual en la que este único significante del sexo, este significante impar, que es a la vez cada S1 solo de la lengua, puede operar en dos modalidades diferentes, que se develarán como dos modos distintos de fallar la relación sexual que no hay, configurando a su vez dos modos de goce para-sexuados, que nunca alcanzarán a lo sexual, ya que lo sexual en tanto tal está habitado por una imposibilidad. Lejos de cualquier binarismo, se trata allí de una lógica uniana, ya que parte del uno fálico -único significante con el que el *parlêtre* cuenta para escribir el sexo-, el que puede operar de dos maneras diferentes, según el lado de las fórmulas en el que éste se inscriba. Se trata entonces de una lógica uniana y dual.

Lejos de cualquier lectura imaginaria del falo como instrumento de dominación, ése jugará aquí su partida como castración del goce, como existencia de un uno solo que no hace pareja, y que podrá operar en dos regímenes de goce que no se complementarán. En la posición masculina, el falo dará cuenta de una lógica del todo y la excepción, regida por el fantasma, que sólo alcanzará a un partenaire como objeto a. En la posición femenina, dará cuenta de un anclaje que posibilitará un desdoblamiento entre dos partenaires: de un lado el falo, del otro, una ausencia.

El rechazo de la castración propio de la época encontrará su lugar en el cuantificador que niega la existencia de una excepción, necesaria para la asunción de un sexo, masculino o femenino. Es del lado de la inexistencia de la excepción que encontraremos la proliferación de géneros que no se detiene, en un empuje a la infinitud propio de la lengua. Es la lógica del superyó como empuje a un goce que no encuentra ni el límite fálico ni el límite femenino del no-todo.

Para concluir

¿Se trata entonces de una caída del campo de la sexuación?, ¿nos encontramos acaso en la era de una post-sexuación? Es difícil anticipar los alcances de esta transición. De lo que no cabe duda es que la humanidad está viviendo una transformación radical, de la que seguramente esta pandemia que nos atraviesa no es ajena, tal es el grado de destrucción de la vida natural e irrealización de lo que teníamos por dado, al que nuestra propia enfermedad lenguajera nos ha llevado. En el campo del Derecho, nos encontramos frente a leyes que ponen todos sus fundamentos en cuestión, ya que sacuden los cimientos mismos del lenguaje, de las estructuras de parentesco, de los lazos sociales y la distribución del goce tal como los conocíamos hasta ahora.

Hasta ahora, esta transformación no ha logrado mitigar un ápice el sufrimiento humano. Sigue existiendo un sujeto con el que el discurso capitalista no ha logrado terminar, un sujeto que las leyes no logran atrapar en el discurso del Derecho, un sujeto que escapa a todo colectivo en el que pueda integrarse, un sujeto que eventualmente se dirige a nosotros buscando alivio a su malestar.

A diferencia del discurso capitalista, el discurso analítico pone al sujeto a decir su falta, su falta singular, a decir su síntoma, y a inventarlo diciéndolo. Allí el sujeto se encontrará con las huellas de esas marcas que vinieron del Otro, encontrándose con su inconsciente, con esas ruinas de un saber mítico que se hacen presentes en sus sueños, en sus descuidos, en sus lapsus y sus actos fallidos. El trabajo con su inconsciente le posibilitará producir esas huellas como significantes amo, significantes orientadores de su experiencia subjetiva, significantes que sin embargo no copularán con un saber mítico que restablezca un circuito infernal de alimentación del sentido -siempre religioso y paterno- del síntoma, pero tampoco con el saber científico, forclusivo del sujeto. Por el contrario, en la experiencia analítica se tratará de realizar la experiencia de la castración, liberadora del narcisismo y sus espejos.

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

1. Lacan, J. (1976). "Response de Jacques Lacan a une question de Marcel Ritter", en *Lettres de l'École freudienne*, n° 18.
2. *Ibíd.*
3. Lacan, J. (1968). "Nota sobre el padre", en *Lacaniana*, n° 20, junio 2016, p 9.
4. Lacan, J. (1966). "Observación sobre el informe de Daniel Lagache". En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1984.
5. *Ibíd.*, p. 633.
6. Lacan, J. (1957). "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud", en *Escritos 1*, op. cit, p. 488.
7. Lacan, J. (1974). "La tercera", en *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial, 1988, p. 91.
8. Lacan, J. (1964). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2010, p. 114.
9. Lacan 1974 op. cit., p. 107.
10. Clase del 11 de marzo de 1975.
11. Lacan, J. (1971-72). *El seminario. Libro 19: ...o peor*. Buenos Aires: Paidós, 2012, p. 153.
12. Deleuze, G. & Guattari, G. (1972). *El Anti Edipo*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
13. Lacan, J. (1972). "Conferencia en Milán sobre el discurso analítico". Inédita.
14. Copjec, J. (2013). "Encore, un encuentro más para defender la diferencia sexual" en *Ser-para-el sexo. Dialogo entre filosofía y psicoanálisis*. Barcelona, SyP editores.
15. Freud, S. (1932). "33° conferencia. La feminidad", en *Obras completas, vol. 22*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986, pp. 106 y sigs.
16. Freud, S. (1905). "Tres ensayos sobre teoría sexual", en *Obras completas*, op. cit., vol. 7, p. 129
17. *Ibíd.*, p. 132.
18. *Íd.*
19. Freud 1932, p. 106.
20. Lacan, J. (1973-74). *Seminario 21. Les non dupes errent*.
21. *Ibíd.*, clase del 15 de enero de 1971.
22. Lacan, J. (1974-75). *Seminario 22. RSI*. Inédito. Clase del 11 de marzo de 1975.
23. Lacan, J. (1962-63). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2007, p. 182.
24. Lacan, J. (1958). "La dirección de la cura y los principios de su poder", en *Escritos 2*, op. cit., p. 610.
25. Lacan, J. (1974-75). *Seminario 22. RSI*. Inédito. Clase del 11 de marzo de 1975.
26. Lacan, J. (1972). "El atolondradicho", en *Otros escritos*, op. cit., pp. 480-481.